

HISTORIAS DE ABUELAS

“NO SÉ CÓMO VIVÍ”: LA ABUELA ÁNGELA HABLA DE LAS PRIMERAS RONDAS EN PLAZA DE MAYO Y DE LA LUCHA POR ENCONTRAR A SU NIETO

LA DICTADURA LE ARREBATÓ A SU HIJO MENOR Y A SU NUERA, EMBARAZADA DE TRES MESES. DESDE EL PRIMER MOMENTO COMENZÓ SU BÚSQUEDA Y PRONTO SE REUNIÓ CON LAS DEMÁS ABUELAS. HOY LAMENTA NO PODER ACERCARSE HASTA LA PLAZA.



Ángela lula, en su casa, rodeada de las flores que son su pasión.

Por **Martina Noailles**

Sobre un viejo y enorme barco dejó atrás la sangrienta guerra de su Italia natal. Con apenas 17 años y una valija llena de miedos y esperanzas pisó el puerto de la “América pobre”, futura tierra de sus hijos. Exactamente 30 años después, en 1978, la violencia a través nuevamente su vida: miembros de la última dictadura militar secuestraron a Ángel, su hijo menor, y a su esposa Silvia embarazada de tres meses. A pesar de sus rondas de paso firme y pies cansados, de sus reclamos internacionales, de sus gritos y de sus llantos, Ángel nunca apareció. Sin embargo, aún hoy, Ángela no baja los brazos. Su valija sigue guardando esperanzas, esta vez, las de encontrar a su nieto nacido en cautiverio 27 años atrás. Aunque su primer nombre es Filomena, en Florencia Varela todos la conocen como Ángela. Así se presentó cuando en 1946 llegó desde Avelino, el pueblo del sur de Italia desde donde partió junto a su mamá y sus cuatro hermanos. Su padre había desembarcado en Ar-

“MUCHOS ALUMNOS DEL SANTA LUCÍA DESAPARECIERON EN ESA ÉPOCA. DICEN QUE EL RECTOR ERA AMIGO DE VIDELA Y QUE FUE ÉL QUIEN LOS SEÑALÓ”, EXPLICA ÁNGELA.

gentina un año antes, luego de sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial. “Partimos de Nápoles en un viejo barco de guerra reformado. Tardamos 22 días en llegar porque para no coincidir con el día de los muertos, anclamos un día en Montevideo y recién después bajamos en Argentina. Fue un 3 de noviembre”, relata Ángela como si aquella imagen del arribo a una nueva tierra se hubiera congelado en su memoria.

Algunos meses antes, en otro barco, había llegado al país su futuro marido —once años mayor que ella— quien también escapaba de la guerra. Leonardo y Ángela ya se conocían. No sólo habían vivido en el mismo pueblo de Italia sino que, además, compartían apellido. Pero llamarse lula era sólo una coincidencia. “Las familias no tenían ningún parentesco”, asegura Ángela. Apenas pisaron Argentina, ambos consiguieron trabajo. Ángela ingresó a una fábrica algodonera y Leonardo fue contratado como operario de Alpagatas, donde trabajó hasta su jubilación. Poco tiempo después, Ángela y Leonardo se pusieron de novios. “Nos compramos un terreno y trabajamos muy duro para poder construir nuestra propia casa. Nosotros éramos así, como los pajaritos que primero hacen el nido para después poner los huevos”, suele repetirle Ángela a sus nietos. Y así fue, primero la casa, después el casamiento, y luego los hijos. “A pesar de que se llevaban cinco años Nico-

lás y Ángel eran muy unidos. La casa estaba siempre llena de chicos, jugaban, andaban en bicicleta, tocaban la guitarra”, rememora en voz baja mientras sus dedos juegan con un rosario. A Ángela le cuesta mucho hablar de su hijo, el que “ya no tengo”, como dice a veces. Pero se llena de orgullo cuando muestra sus fotos de abandonado en el colegio Santa Lucía, cuando lo recuerda de traje blanco tomando la comunión, o cuando destaca su “constante defensa de la verdad”. Y como ejemplo cuenta una anécdota: “Una vez en la escuela le preguntaron cómo se llamaban su mamá y su papá. Cuando dijo que los dos teníamos el mismo apellido la maestra no le creyó. Volvió del colegio furioso y me pidió los documentos para llevar al día siguiente”. Para aquella época Ángela ya había dejado de trabajar en la fábrica de algodón y se dedicaba a sus dos hijos. En el tiempo libre también realizaba trabajos de modista en una habitación que luego fue el cuarto de su mamá enferma. Mientras Nicolás se decidía por la

ingeniería química en La Plata, Ángel comenzaba el secundario en el Santa Lucía. Fue allí donde conoció a Silvia Schand, una compañera de otra división de quien se enamoró. Junto a ella anduvieron los pasos de la militancia por los barrios más pobres de Quilmes. Luego, siguiendo a su hermano, Ángel se inscribió en Ingeniería. Pocos meses después se casó con Silvia. Tenían 20 años. Ángel y Silvia no habían cumplido siquiera el año de casados cuando el 26 de mayo de 1978 se los llevaron en alguna calle de la Capital Federal. Al momento del secuestro, Silvia estaba embarazada de tres meses y su bebé debía nacer en diciembre de ese año.

“Muchos alumnos del Santa Lucía desaparecieron en esa época. Dicen que el rector era amigo de Videla y que fue él quien los señaló”, explica Ángela antes de enumerar la cantidad de hábeas corpus que presentó en su desesperada búsqueda de los jóvenes. “Mi hijo Nicolás me hacía cartas que yo presentaba en todos lados. Un día me acuerdo que fui a Campo de Mayo y me quedó un montón de tiempo mientras un tipo me miraba y me decía: ‘Quédense tranquila señora, que su carta no va a parar al cesto de basura’”.

Fue entonces que conoció a las Abuelas y comenzó a participar de las rondas de Plaza de Mayo. “Cuando empezamos con las demás madres nos corrían con los caballos. Pero igual, entre los mismos caballos, seguíamos dando vueltas. Yo esperaba que aparecieran pero pasaron los años y los años”. Mientras recuerda, la angustia de Ángela se va tragando las palabras y casi no se oye su voz. En medio de su búsqueda debió afron-

“CUANDO EMPEZAMOS CON LAS DEMÁS MADRES NOS CORRÍAN CON LOS CABALLOS. PERO IGUAL, ENTRE LOS MISMOS CABALLOS, SEGUÍAMOS DANDO VUELTAS. YO ESPERABA QUE APARECIERAN PERO PASARON LOS AÑOS Y LOS AÑOS”.

tar la enfermedad de su mamá y, años más tarde, la de su marido. Ella también comenzó a sentir algunos molestias en el corazón lo que hizo que se quedara más en su casa. Pero también llegaron los tres nietos, hijos de Nicolás, que alegraron a Ángela. “El más grande, Mauro, se parece mucho a Ángel. Los tres chicos son muy de estar encima de mí, se preocupan, van y vienen. Hasta que no vinieron ellos no sé cómo viví”, se pregunta sin poder responderse. Hace poco tiempo, y luego de varios años de enfermedad, Leonardo murió. La abuela Ángela ahora se ocupa de sus nietos, de las flores y de la huerta que se hizo en el terreno del fondo que linda con el de Nicolás. Aunque a veces se pone triste porque con sus 74 años ya no puede viajar hasta Plaza de Mayo, siempre reza por la llegada de su nieto nacido en cautiverio y arrancado de los brazos de su mamá. “Y por si ese día no llega todavía, me deja la enseñanza de años de lucha a su hijo y a sus nietos para que continúen la búsqueda.”